

San José, Costa Rica

28 de Junio de 1919

LECTURAS

Director: LEONARDO MONTALBÁN

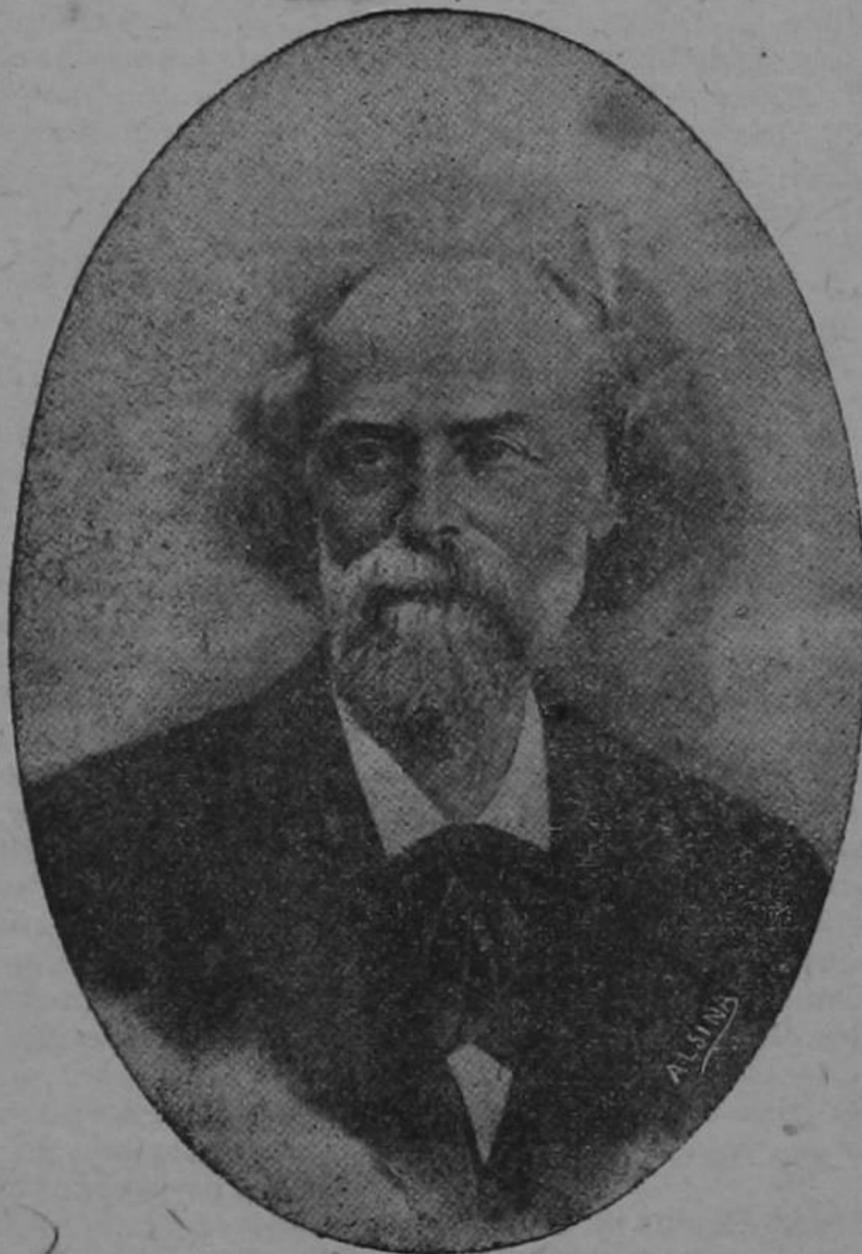
Año II

Ciencias, Artes, Literatura y Variedades

No. 40

Editores; FALCÓ & BORRASÉ

Los Grandes Pensadores



† ELISEO RECLUS

Ilustre sociólogo y geógrafo francés

ELISEO RECLUS

Eliseo Reclus nació en Sainte-Foyla Grande, de la Gironda, el 15 de marzo de 1830. El padre era un recto pastor protestante, sinceramente enamorado de los buenos campesinos. La madre era maestra de escuela, una maestra que a la edad de 70 años se daba al estudio de la física para corregir la insuficiencia de su anterior instrucción. De los 12 hijos de esta familia, pobre y privilegiada, Elías era el mayor y Eliseo el segundo.

Hizo Eliseo Reclus sus primeros estudios universitarios en la facultad protestante de Montauban. Pero no tardó en desprenderse de los prejuicios religiosos y, apartándose de la vía que su padre le trazara, dirigióse con Elías, penosamente, a Berlín, en donde Carlos Ritter reunía entonces la juventud ansiosa de alta cultura geográfica. Los estudios, los numerosos viajes (en Irlanda, Estados Unidos, Colombia, Guayana, Suiza, Bélgica, etc.) el propio genio y el propio corazón, hicieron de Reclus un geógrafo y un filántropo de indecible grandeza. Su labor escrita es simplemente colosal: la *Historia de un Arroyo*, el *Viaje a la Sierra Nevada de Santa Marta*, LA TIERRA (1867-78), la *Historia de una Montaña*, la GEOGRAFÍA UNIVERSAL, (19 grandes volúmenes, 1872-1894), *El Hombre y la Tierra* y un sinnúmero de obras de menor aliento (artículos sueltos, conferencias, etc.) En colaboración con su hermano Onésimo, escribió *El Africa Austral* y *El Imperio del Medio*. Pasamos por alto otras colaboraciones. En ese monumental cúmulo de páginas majestuosas, todo es admirable: la hermosura de la expresión, el esfuerzo mirífico del sabio y la elevación de sentimientos del hombre que ama a los hombres y a sus hermanos naturales—el monte, el bosque, el arroyo---, y odia todas las esclayitudes de raza y de clase.

Esos mismos sentimientos explican la participación de Eliseo Reclus en los principales movimientos de emancipación social sucedidos en Europa y fuera de Europa desde 1848 hasta 1905, año en que se rindió su corazón. Y esa participación le acarrió inenarrables males y amarguras,—persecuciones, destierros, encarcelamientos y ultrajes diversos---, que más de una vez envolvieron a todos los miembros de su casa, incluido el anciano padre. En 1871 el eminente geógrafo fué condenado a trabajos forzados; pero la pena fué conmutada gracias a la solícita intervención de los más grandes sabios de Europa, Darwin, Wallace y otros.

En Bruselas fundó Eliseo Reclus el Instituto Geográfico, dirigido después por su sobrino y colaborador de los últimos tiempos, Pablo Reclus. Allí fundó también una universidad libre, donde profesó él mismo durante varios años y donde hizo Elías Reclus su magistral curso sobre el origen de las religiones.---E. J. R.

Bronces de Antaño

EDIT. POR LA BIBLIOTECA RENOVACIÓN

Páginas de Reclus

Los salvajes

Las recopilaciones científicas nos traen una noticia del más alto interés. Los hermanos Sarrazin, viajeros laboriosos y constantes en sus investigaciones han descubierto en la isla de Celebes, donde hacían sus estudios, una tribu de «hombres de los bosques» que no conocían el uso del fuego. Viviendo en una parte de la isla donde no existen volcanes, los Ta-Ota no habían visto nunca en su vecindad inmediata ni llamas ni ascuas, ni escorias ardientes y jamás había alumbrado el rayo sus húmedas selvas. Ya en otra tierra ecuatorial, en la Papuasía o Nueva Guinea, el viajero ruso Mikloukho-Makai, había vivido entre indígenas que afirmaban que sólo conocían el fuego desde hacía pocas generaciones; pero esto parecía dudoso, y los etnólogos profesaban como tesis indiscutible que la edad de la *propyrie* o anterior al fuego había terminado para todos los hombres desde tiempos inmemoriales. Se engañaban. En la multitud de grupos sociales esparcidos por la superficie del planeta puede observarse toda la serie de civilizaciones, tales como se han desarrollado en la sucesión de las edades, desde la forma más rudimentaria y sencilla hasta la más infinitamente compleja. Y entre los más atrasados de esos hombres los hay de quienes puede uno preguntarse si forman todavía parte de la animalidad primitiva o si ya hay que ver en ellos representantes de ese género humano que hemos calificado de «señor del universo».

Por el momento, casi no parece que los Ta-Ota de Celebes hayan de contarse entre «los reyes de la creación». Si su dominio de los elementos todavía no se ha elevado hasta el conocimiento y el uso del fuego, su potencia de coordinación intelectual no ha logrado clasificar los objetos hasta el número de tres y tampoco parece que su sentido del misterio y del más allá permite ver en ellos a los «animales religiosos» de Quatrefoes. Estos hombres de los bosques, agazapados en sus escondites y en la maleza, alimentados suficientemente por frutos, las raíces, las gomas y los meollos que les da la selva, viven y mueren en paz, sin luchas intestinas y, hasta ahora, sin guerras con sus vecinos. Acaban de hacer conocimiento con las tribus limítrofes y es cosa de preguntarse si su encuentro con «hermanos en humanidad» contribuirá a hacerles felices.

A primera vista puede parecer sorprendente que esos aborígenes tan débilmente desarrollados en cultura hayan nacido en una comarca tan rica en producciones espontáneas, tan favorecida por las condiciones del clima y la fecundidad del suelo. El conjunto de la Insulinda puede considerarse como la región por excelencia de la fuerza y de la belleza creadora, y la isla de Celebes en particular es de todas las tierras índicas la que mejor responde, por la magnificencia y

la hermosura de sus paisajes, por el esplendor de su vegetación y por la variedad de sus especies vegetales y animales, a la idea que el poeta se formó del paraíso terrenal; es aquel el lugar de elección tan perfectamente adaptado a todas las necesidades y a todos los goces del hombre en que el bienestar y la felicidad no serían turbados si no fuese por el capricho del hombre mismo. La Insulinda es la parte de la tierra donde nacieron y viven todavía algunas de las especies más notables entre los monos antropoides; es la región donde se han encontrado recientemente los restos fósiles del ser intermediario en que los antropófagos ven al personaje de trasmisión entre los pithecos y los hombres. Es la que fué cuna del antropopitheco; es allí, tal vez, donde la humanidad adquirió conciencia de sí misma.

Sin embargo, en la isla más bella de esa región exuberante de vida creadora es donde los viajeros descubren al pueblo que entre todos los primitivos parece haberse quedado en el lugar más humilde dentro de los límites de la cultura. El hecho parece a primera vista inexplicable si no se tiene en cuenta que precisamente los favores del suelo alimentador son los hombres de los bosques en su estado social originario. Tienen la comida y el abrigo, la dulzura del cielo y la generosidad de la tierra; por lo tanto, no les mueve la utilidad de ingeniarse para buscar en otra parte o allí mismo mejores condiciones de existencia; ninguna solici-tación de su destino les conduce a descubrir productos, procedimientos o instrumentos nuevos; siglo tras siglo van viviendo satisfechos de su suerte; la vida le es dulce, ¿para qué habían de cometer la locura de querer cambiar?

Empero la inmutabilidad de la vida social de los Ta-Ota no se explica únicamente por las facilidades de la vida material que proporciona la bondadosa naturaleza. Estos desgraciados fueron «nacionalistas» mucho más lógicos y perseverantes que los de Occidente, que se agitan desde París a Chicago y desde Londres a la Côte d'Azur. Los hombres de los bosques vivían como tímidas bestias, procurando no hacer ruido, para que no les descubriesen al pasar los cazadores cuidando de ocultar el sitio en que dormían y de no dejar ningún rastro al hacer sus excursiones en busca de la comida. Hábiles para encontrar lugares retirados donde nadie pudiese perseguirlos, huían del hombre temible que manejaba el venablo y el cuchillo. Así consiguieron subsistir y conservar su especie, mas, ciertamente, sin aprender nada; ellos no gozaron como los otros hombres el fruto del árbol de vida.

Pero al menos ya entran, a su pesar, en la gran asamblea de los humanos. La guerra no les había podido batir, la ciencia les ha descubierto. Quieran o no quieran, aprenderán a conocer el fuego, contarán con los dedos y dibujarán figuras en la arena de los ríos; verán casas, barcos, vapores; vendrán a ser compañeros de los hombres de la playa, del mar y de los continentes; se mezclarán con los descendientes de mil otros pueblos y se perderán como raza distinta, no como individuos, en la gran multitud de los hombres entremezclados. En cuanto a los «nacionalistas» se les puede predecir igual destino. Por más que

hagan, se desvanecen las fronteras entre las patrias.

La Revolución del porvenir

En ninguna de las modernas revoluciones hemos visto a los privilegiados defender personalmente su causa. Siempre se han apoyado en las armas de los pobres, a quienes han atrofiado con lo que ellos llaman la «religión de la bandera» y han educado para ser, según su propia expresión, «mantenedores del orden». Seis millones de hombres, sin contar la policía alta y baja, se emplean en este trabajo en Europa. Pero estas fuerzas pueden desorganizarse, pueden recordar los lazos de origen y de porvenir que les unen a la masa popular, y en este caso el brazo que las dirige puede carecer de vigor. Compuestas casi en totalidad de proletarios, llegará un día seguramente que serán para la sociedad burguesa lo que los bárbaros a sueldo fueron para la sociedad romana: un elemento de disolución. La historia abunda en ejemplos de locuras colectivas, por las que han sucumbido los poderosos, hasta los que han conservado en todos los casos la fuerza de carácter. Y esta energía de carácter no la tienen todos los *directores*, porque con frecuencia se han visto gentes de éstas que no son otra cosa que simples degenerados, sin bastante energía y fuerza física para abrirse paso a través de un tabique sencillo, ni suficiente dignidad para dejar a los niños y las mujeres salir delante de ellos huyendo de un incendio. Cuando los desheredados se hayan unido por los intereses de oficio a oficio, de nación a nación, de raza a raza o espontáneamente de hombre a hombre; cuando conozcan bien su finalidad, no cabe duda que el momento de emplear la fuerza para defender la libertad común no se hará esperar. Por muy poderosos que sean los privilegiados de entonces, su fuerza resultará insignificante enfrente de todos los que, reunidos por una sola aspiración, se levantarán contra ellos para conquistar definitivamente el pan y la libertad.

El progreso

Tanto como el hombre considerado aisladamente, la sociedad en conjunto puede ser comparada al agua que corre.

A cada hora, a cada instante, un cuerpo humano, simple milmillonésimo de la humanidad, se hunde y se disuelve, mientras en otro punto del globo un niño sale de la inmensidad de las cosas, abre los ojos a la luz y se convierte en sér pensante.

Como en la llanura, todos los granos de arena y todos los glóbulos de arcilla han sido rodados y depositados por el río, así, todo el polvo que recubre el planeta ha circulado con la sangre del corazón en las arterias de nuestros antepasados.

De edad en edad, las generaciones se suceden modificándose poco a poco: los bárbaros de cara bestial que disputan la preeminencia a las fieras son reemplazados por seres más inteligentes, a los cuales la experiencia y el estudio de la naturaleza enseñan el arte de criar los animales y

de cultivar la tierra; después, de progreso en progreso, los hombres llegan a fundar ciudades, a transformar las materias primeras, a cambiar sus productos, a ponerse en relación de una parte del mundo a otra; se civilizan, esto es, su tipo se ennoblece, su cráneo se hace más vasto, su pensamiento más extenso, y, abarcando un círculo cada vez mayor, los hechos se agrupan en su mente; cada generación que perece es seguida por otra diversa, que a su vez da impulso a nuevas multitudes. Los pueblos se mezclan con los pueblos como se unen los arroyos a los arroyos y los ríos a los ríos; y, tarde o temprano, no formarán más que una nación, como todas las aguas de una misma cuenca acaban por confundirse en un solo río. No ha sonado la hora de que todas esas corrientes humanas se junten: razas y pueblos diversos, siempre apegados al terrón natal, no se han reconocido aún como hermanos; pero se acercan cada vez más; día a día se aman más y, en concierto, comienzan a mirar hacia un ideal común de justicia y de libertad. Los pueblos aprenderán ciertamente a asociarse en una federación libre: la Humanidad, hasta hoy dividida en corrientes distintas, no será ya sino un solo río, y, reunidos en un raudal único, descenderemos juntos hacia el gran mar donde se pierden y se renuevan todas las vidas.

ELISEO RECLUS

Página Científica

Sobre la edad de la Tierra

Nuestro pequeño esferoide, como todas las demás estrellas nebulosas y planetarias que han ido formando sucesivamente los mundos de nuestro sistema solar, del mismo modo que otros cuerpos celestes análogos perteneciente a diversas familias planetarias, aun no perfectamente constituidas, no han existido en la eternidad del tiempo, y la geología celeste, ciencia aun hoy no perfectamente definida, les señala un principio en la grandiosa e incomparable evolución del Universo. Y es en esta evolución en la que nuestro planeta naturalmente debió tomar parte, pues que él es una pieza de la vida del mundo, ha necesitado para cumplimentar su peso del estado de nebulosa planetaria al de estrella nebulosa; de este, al período de formación de los mares y de las capas del sedimento, hasta los terrenos modernos, el transcurso de infinitos siglos.

Pero como caminamos por un terreno problemático sembrado de hipótesis y hechos más o menos contradictorios, no es el caso que nos asombren las divergencias, a veces profundas, que existen entre los geólogos respecto del punto que tratamos.

La opinión más generalizada es que la corteza terrestre que se extiende en ochenta kilómetros de espesor, ha necesitado para formarse cuatrocientos mil siglos, los que agregados al tiempo

que permaneció en estado gaseoso, suman un total de tres millones de siglos.

En la actualidad, el doctor W. Thompson cree que no se trata sino de 100 millones de años.

Ultimamente, M. D'Assier, vista la insuficiencia de los métodos directos para la determinación de este problema geológico, fundados en la temperatura y el volumen gaseoso de la nebulosa primitiva, que debió más tarde constituir la tierra, sobre su grado de conductibilidad para el calor, y el estado térmico del espacio en aquellos remotísimos tiempos, propuso métodos indirectos para la solución eficaz del enigma.

Tres son, en efecto, los estados de la vida terrestre: el nebuloso, que puede llamarse nebuloso solar; el de la radiación solar o de la vida y el de las tinieblas, del fin o de la muerte.

Se puede argumentar respecto a la duración del primer período, tomando los puntos necesarios al estudio de la radiación solar; la tierra estaba entonces en un estado semejante a nuestro sol.

Un metro cuadrado de superficie terrestre, según las determinaciones pirelio-métricas practicadas por los físicos 1710 de caloría por cada segundo, y por el cálculo se sabe que la masa total de sol—mal que pese a la teoría de la precipitación de la materia cósmica de la gran nebulosa circunsolar—pierde cada año dos calorías por cada kilogramo de peso de su masa. La termodinámica asigna por su parte quince millones de años a la existencia de la «fotosfera», por lo cual el ciclo de la radiación solar puede calcularse en treinta y cinco millones de años.

Y siendo la tierra infinitamente menor que el sol, tanto en su masa como en su volumen, se deduce que también debió enfriarse más rápidamente. D'Assier, en efecto—dice Usigli—, no cree equivocarse mucho asignando al paso de la tierra del primero al segundo período doscientos cincuenta mil años, y quinientos mil años si se tiene en cuenta el tiempo que permaneció nuestro globo en estado de nebulosa planetaria.

El segundo período comprende la historia orgánica de la tierra, la historia de los seres vivos que hicieron su irrupción, poco nos importa si simultáneamente o no, allá cuando la formación de los primeros terrenos con una flora acuática—algas—rica en individuos o pobre en especies, y con una fauna efímera, misera de organización singularísima.

Este período comenzó, según D'Assier, con el «terreno cámbrico» y durará hasta la extinción del sol, cuando la tierra ruinosa, decrepita y helada, como si una faja de acero se hubiera deslizado furtivamente en su entraña ígnea, se verá arrastrada en pos de un disco opaco y oscuro como las tinieblas que lo rodean, hacia el bátraro espantable de la inmensidad...

Entonces el enfriamiento progresivo, congelando las aguas—oceánicas y continentales—hará que cesen en su trabajo en la superficie del planeta y la formación de los estratos sedimentarios en el lecho de los mares con los nuevos materiales arrastrados por los ríos.

Los mares, entretanto, se retirarán paulatinamente, y la tierra asumirá entonces la configuración actual del planeta Marte, que siendo apenas

más añoso que ella, presenta aproximadamente, la mitad de su superficie cubierta de mares mediterráneos.

Los geólogos asignan treinta y ocho kilómetros al espesor de los terrenos de sedimento formados en los fondos de los mares por la deposición de las sustancias que estos tienen en suspensión.

El estudio detallado de los sedimentos de la época cuaternaria condujo a M. D'Assier a suponer una edad de setenta mil años, teniendo esos depósitos doscientos metros de espesor.

Por esa razón, para que se hayan formado depósitos sedimentarios del espesor de un kilómetro, serían necesarios trescientos cincuenta mil años, medida por la cual se llega fácilmente a la edad de la tierra evaluada en trece millones quinientos mil años.

Si se tienen en cuenta las deformaciones y otros fenómenos geológicos antiguos que pueden haber retardado la formación de esa enorme masa de sedimentos, se podrán agregar todavía—dice D'Assier—a la cifra anterior dos millones de años, de lo que resultaría para la tierra una edad de quince millones quinientos mil años aproximadamente.

El tercer período es menos interesante que los otros, puesto que para esa fecha remota de la evolución terrestre la vida habrá inexorablemente desaparecido del planeta; un acontecimiento imprevisto vendrá a interrumpir en un punto dado la muda, la solemne carrera de la tierra, la caída de la luna sobre el planeta, la precipitación de un mundo caduco sobre un planeta difunto...

En efecto, el movimiento de la luna continúa acelerándose, y las leyes de Kepler sobre el movimiento de los planetas, nos enseñan que un astro que acelera su movimiento restringe el perímetro de su órbita, y que por lo tanto, su revolución es menor. Es por eso inexorable, fatal, si se quiere, que la luna caerá sobre la tierra. Además, como cada año caen sobre el planeta que habitamos ciento cuarenta a ciento cincuenta billones de bólidos, esta causa determina necesariamente el aumento de su masa, y en consecuencia, su poder atractivo es mayor.

La caída del satélite avivará por otra parte, pero ay! fugazmente el calor terrestre, para entonces ya casi exhausto, y el planeta se enfriará nuevamente, radiando al espacio hasta dejar cubierta su superficie de lágrimas de plata las últimas etéreas partículas del calor, que siglos atrás hacía brotar de su suelo fecundo la espiga de oro.

Después, remontándose espasmódicamente en lo ancho del cielo, caerá sobre la superficie del sol.

VÍCTOR DELFINO (argentino)

¡El trueno! Parece que se oye la caída de un mueble en la cámara de los gigantes.
—Victor Hugo.

Nada debe disminuir más la satisfacción que tenemos de nosotros mismos, que el ver que en un tiempo desaprobamos lo que aprobamos en otro.—La Rochefoucauld.

El gato y el corral

Nada me divierte tanto como un gato en un corral.

El espectáculo es encantador. El gato es un filósofo distinguido, un poeta, un pensador, un fabulista. Vive entre los animales.

Observad un poco mi corral, os ruego. El dogo que ha velado toda la noche, duerme todo el día en su perrera. El cerdo gruñe en su pocilga. El conejo es un bestia, el pavo un tonto, el ganso un imbécil. Unas ganguean, otras cacarean. Todos charlan al azar, sin escuchar a su vecino. La gallina, la muy comadre, envidia a la pintada, que adapta maneras afectadas de extranjera. El pato, ese puercoco de la familia volátil, se regordea horriblemente en la charca. El gallo, ese hidalgo, hace de bravucón, pasea y varía sus aires de capitán y se desvive en solicitudes, en desinterés y en galantería para con su serrallo, como un caballero árabe.

El gato.... el gato está en un rincón, en su piel; está abrigado, está solo, está bien. Ocupa el mejor lugar al sol, no dice nada. Se ausenta por una hora o dos, para ir a cazar al huerto; a cazar, no como perro, sino como gato; no para los otros, sino para sí. ¿Qué queréis? La vida tiene sus necesidades miserables: hay que comer todos los días; y por otra parte, un gato de corral es gato honorable y decente; que deja los ratones ¡puff! para los tigres de las gateras.

Se ha almorzado, pues, discretamente, en la sombra, un gorrión o un jilguero. Regresa, recobra su lugar, vuelve a echarse, sueña, observa; y siempre, y en todos sus movimientos, y en todos sus actos, muestra para con el grosero círculo en que se halla, esas maneras de buena compañía, esa reserva, esa propiedad en todas las cosas, esa «cortesía» ligeramente irónica, ese casi desdén indulgente, esa «benevolencia» de garras escondidas, esa superioridad velada, esa resignación elegante, ese egoísmo sabio—, gracioso y socarrón—de un hombre de ingenio extraviado en una reunión de imbéciles.

VÍCTOR HUGO

¡Cuántos amigos no dejarían de serlo, si el uno pudiese leer los pensamientos del otro!—Lichtenberg.

El arrepentimiento es la aurora de la virtud.—Karamsin.

EL BANQUETE DE LA VIDA



EL AMOR

Tengo un amigo íntimo, que pudiera ser mi nieto: nos hemos conocido luchando por el ideal, que hemos comprendido y sentido de igual modo, existiendo además entre ambos cierta **analogía** de carácter causante de recíproca **simpatía** y firme amistad. A éste pedí la definición del amor, y me ha dado la siguiente, que es quizá la misma o parecida a la que daría yo si se me quitaran cuarenta años de encima; es la siguiente:

«Arrostrando la moderna manía de sujetar todo a reglas fijas, a leyes matemáticas, hay algo que se alza rebelde contra las cavilaciones de señores sapientísimos. En medio de la actual corriente de materialismo, que seca el alma, se levanta intangible un sentimiento de purísima belleza, porque hasta él no llegan las injurias de los que, por su desgracia, no han nacido con corazón capaz de sentirlo. Es el amor.

Egoísmo de dos, para unos; deseo carnal, para otros; rutina, para los más; cada uno, al hablar del amor, calumniándole, hace el resumen de su pobreza moral. Y entre tantos errores, el amor se manifiesta siempre grande, siempre bello, beneficiando a todos aunque sólo comprendido de los idealistas, de los que han sabido exceptuarse del torpe escepticismo del siglo.

No es egoísmo de dos, sino deseo vehementísimo de hacer feliz al ser amado, aun a costa del propio sacrificio, de la renuncia, del olvido del yo. No es exclusivo deseo carnal; la posesión, si bien es una consecuencia natural, es un accesorio, nunca una finalidad. No es la rutina, el celo, porque el hombre, progresando siempre, no puede regresar a la animalidad primitiva. Los besos del amor, sentimiento insaciable, dan una sensación que pudiera definirse por la nostalgia del infinito, y causan una sensación de amargura, profunda, indefinible, semejante al brillo de un diamante en la obscuridad, que es tanto más bello cuanto más recóndito y diminuto. Desgraciado aquel que se ve privado del placer de la amargura.

Un hombre y una mujer que amen no

pueden ser malos, porque llevan consigo el fundamento de toda bondad, en tal proporción, que las penas y dolores ajenos son obstáculos a la felicidad propia.

En una sociedad donde la unión del hombre y la mujer no sea un simple cambio de estado; de posición social o aceptación de una costumbre, los enamorados acudirán los primeros a enjugar las lágrimas de los que lloran o a llorar con ellos; como también los que aman son los que se emancipan de los prejuicios, se elevan sobre la corrupción dominante y brillan puros sobre todo egoísmo utilitario.

¡Amor! hermoso sentimiento calumniado por los que no han acertado a comprenderlo, por los que le han confundido con la pasión bestial; él hace amable la vida; él dignifica al hombre y la mujer, arrancándoles de la degradación para elevarles a la categoría de perfectos racionales; en él está la felicidad para todos...

Así es el amor para las almas grandes: sentimiento que redime y dignifica, sublime ideal de purísima belleza, sol de la vida».

Hasta aquí la definición de Jesús Navarro, buen amigo cuyo nombre me complazco en consignar aquí; definición de muchacho inteligente y bueno, que, lleno de pasión, toma la parte por el todo. Sí, eso es amor, pero no es el amor. Ama mucho el hombre a la mujer y la mujer al hombre en cierta época de la vida en que entre las bellezas de la más pura poesía prepondera la exuberancia vital creadora de nueva vida; pero antes amaron y amarán después con no menor intensidad a los padres, hermanos, hijos, amigos, compañeros, la humanidad, las concepciones intelectuales, lo bueno, y por degeneración, lo malo y lo rutinario, según el curso dado a las pasiones por la educación, la inclinación y el medio.

El amor racionalmente comprendido como sentimiento de la mujer y del hombre equilibrados, es puro, es desinteresado, no teme rivalidades, no siente celos, considera el sacrificio como el más vulgar suceso, y produce amadores como Francisco de Asís, como Savonarola, como Bakounine, como Luisa Michel; reproduce la especie o permanece virgen, pero llena el mundo de conocimientos, de instituciones civilizadoras, de monumentos gloriosos o levanta poderosas energías de lo profundo de las atroñas sociales. Confirma

este pensamiento Ch. Lemaire en su *Initation a la philosophie de la liberté* en los siguientes términos: «No hay pasión que, en principio, sea más personal ni que inspire mayores sacrificios que la de la ciencia. Despojados los sabios en su gran mayoría de la creencia en la vida eterna que ha producido sacrificios interesados, el amor de la ciencia no ha cesado jamás de inspirar a los incrédulos la abnegación más sublime. Por la conquista de la verdad, cuyo fruto no debía recoger personalmente, no hay peligro que no haya arrojado el sabio. ¡Muchos, innumerables mártires cuenta la ciencia! Y la humanidad, ignorante y engañada, viene siendo siempre ingrata con los que osan arrancar el velo a la verdad en presencia del error, de la hipocresía y del egoísmo».

Si ese amor amplísimo a los desconocidos que sufren, a los que han de nacer cuando uno haya muerto, a la verdad que se va elaborando, a la justicia que ha de practicarse, a la belleza que ha de iluminar el mundo con los resplandores de la felicidad cuando las fuerzas naturales tengan sencilla continuación y complemento en las de la inteligencia humana, amor que produce intensas alegrías al que le siente aunque le abrume la miseria o le oprima la tiranía, no existiría el progreso ni se derrocaría el dios Término.

ANSELMO LORENZO

Altas Letras

El Beso

¡Beso! Ademán sutil, extravagante, con frecuencia un poco cómico y a veces trágicamente conmovedor; roce de los labios que no saben ya moverse para la palabra, después de haber dicho todo lo que las palabras pueden expresar: beso instintivo, hereditario, y sin embargo, convencional ¿quién te inventó, quién te perfeccionó, quién hizo de ti en nuestra civilización, habla de tradición y de historia, el rito de acuerdo pasional, la última de las escaramuzas amorosas, el sello de la promesa definitiva y como el anillo de esponsales de la posesión?

Si algunos amantes te cambian en la embriaguez de un transporte que no es ya dueño

de sí mismo, con cuánta mayor frecuencia eres el silencio y cómodo fin de una situación que sin ti se convertiría pronto en intolerable y ridícula...

¿Qué decir después de haber dicho ciertas cosas? A los pobres amantes cortos de elocuencia les quita hasta la posibilidad misma de hablar y los amordaza sabrosamente en el momento en que, sin duda, no dirían más que simplezas.

Eres espiritual ¡Oh! beso, porque la cantidad de tonterías que gracias a ti no se han pronunciado jamás, es sin duda innumerable.

Pero eres también traidor, comenzando a veces con entusiasmos, por pura conveniencia mundana, mezclas los seres, haces brotar entre ellos el fogoso instinto que creían domado por la urbanidad y dormido por la morfina de los usos. Hay labios que se han unido sencillamente para cumplir una formalidad sentimental y casi mundana, y perciben de repente un sabor imprevisto, las electricidades contrarias se cambian por esos polos en contacto, de tal modo, que una vez desunidos los dos seres no son ya los mismos que antes del beso. Por eso, a pesar de tu aspecto ritual; a pesar de tu deseo de permanecer semi-ideal, acabas por aparecernos como el signo masónico del genio de la especie: inexplicable, ingenioso, falaz...

MARCEL PREVOST

Naturaleza muerta

He visto ayer por una ventana un tiesto lleno de lilas y de rosas pálidas, sobre un tripode. Por fondo tenía uno de esos cortinajes amarillos y opulentos que hacen pensar en los mantos de los príncipes orientales. Las lilas recién cortadas resallaban con su lindo color apacible, junto a los pétalos esponjados de las rosas té.

Junto al tiesto en una copa de plata ornada con ibis de oro incrustados, incitaban a la gula manzanas frescas, medio coloradas, con la pelusilla de la fruta nueva y la sabrosa carne hinchada que toca el deseo; peras doradas y apetitosas que daban indicios de ser todas jugos y como esperando el cuchillo de plata que debía rebanar la pulpa almibarada; y un ramillete de uvas negras, hasta con el potvillo ceniciento de los racimos acabados de arrancar de la vid.

Acerqueme, vilo de cerca todo. Las lilas y

las rosas eran de cera, las manzanas y las peras de mármol pintadas, y las uvas de cristal.

¡Naturaleza muerta!

RUBÉN DARÍO

La literatura francesa y su influencia en América

Probablemente nunca había sido tan estudiada y amada la literatura francesa en el extranjero como ahora. Todo lo que parece describir con exactitud nuestras costumbres, buenas o malas, sigue siendo acogido con favor. No sería de creerse, en efecto, que las variadas audacias del espíritu francés sean para desagradar a nuestros lectores del extranjero. Desde el siglo XVII, los libros franceses más buscados en Europa son aquellos en que se pone de manifiesto más netamente nuestra libertad de espíritu en todos los géneros.

Un país no compra sino las mercancías que le faltan, y rigiendo la economía política los productos del espíritu como todos los otros, tan temerario sería importar biblias a Inglaterra como cerveza a Alemania. Lo que se nos ha pedido siempre es una literatura de libertad. Se nos llama para libertar a los espíritus, no para sujetarlos mejor, por medio de nuestra autoridad, a los prejuicios viejos. Somos excitadores: nuestro papel es soplar los carbones y prender el fuego. Esto lo sigue entendiendo muy bien la clientela espiritual de Francia diseminada en el antiguo y en el nuevo mundo. La América del Sur es nuestra pupila intelectual y ya comienza a honrarnos; el espíritu francés se cierne sobre Buenos Aires, la cosmopolita, y penetra y fecunda a la misteriosa Bogotá, alambique cuyo alcohol ya se espera. La América del Norte, largo tiempo rebelde, se entreabre a nuestras ideas a medida que allí va perdiendo su espesor el espíritu meto-dista. La lengua francesa comienza a estar allí de moda, a pesar de la oposición de un clero multiforme, unánime en comprender que donde se lee un libro francés, la Biblia está en peligro de perder un lector.

REMY DE GOURMONT

Cuando se ríe mi amigo, a él le toca manifestarme la causa de su alegría; pero cuando llora, yo soy quien debe descubrir la causa de su tristeza.—*Desmay.*

Tras los montes

¡Pobre alma! Golondrina que no tiene más nido que tu amor, dulce bien mío, pájaro errante que a buscarte viene, empapadas las alas en rocío.

Deja, sí, deja que a tu choza vuelva: hierven las aguas del arroyo inquieto y extienden las encinas en la selva sus inmóviles brazos de esqueleto.

El valle con la noche se ennegrece, duermen las flores y las fresas rojas, y a veces la luciérnaga parece una lágrima de oro entre las hojas.

Huyen las aves con medroso vuelo, rozan sus alas la campiña muda, y negra nube atravesando el cielo, como gigante víbora se anuda.

¡Ah, qué negra es la noche de la vida! ¡Qué largo este camino! Casi muerta el ave de mi alma, entumecida, ha caído sin fuerzas en tu puerta.

El bosque oscuro atravesar no quiere, ya no puede volar a la montaña, la lluvia moja su plumaje, y muere sin sentir el calor de la cabaña.

Abrele, que en sus alas han caído las hojas, secas ya, de sus amores, todas las tempestades del olvido y la lluvia de todos los dolores.

M. GUTIERREZ NÁJERA

El rosario de mi madre

De la pobreza de tu herencia triste sólo he querido ¡oh madre! tu rosario; sus cuentas me parecen el calvario que en tu vida de penas recorriste.

Donde los dedos al rezar, pusiste, como quien reza a Dios ante el sagrario, en mis horas de enfermo solitario voy poniendo los besos que me diste.

Sus cristales prismáticos y oscuros, collar de cuentas y de besos puros, me ponen, al dormir círculo bello.

Y de mi humilde lecho entre el abrigo, ¡me parece que tú duermes conmigo con tus brazos prendidos a mi cuello!

SALVADOR RUEDA

La Justiciera

El día que la reina Berta supo que sus jueces vendían la justicia, se entristeció profundamente. Era una mujer de sentimientos elevados y corazón sensible, capaz de sentir los dolores de sus semejantes. El difunto rey, su esposo, fué un déspota fanático y sanguinario, un amo feroz, brutal; por lo que ella resolvió consagrar la existencia a hacer la felicidad de sus súbditos, con objeto de que éstos olvidaran las tiranías del anterior soberano, y al propio tiempo satisfacer una necesidad de su corazón. Cuando conoció las iniquidades de sus magistrados, se sintió desesperada. Pensó en las innumerables víctimas que habrían hecho, y se estremeció al pensar que ella había contribuido a fomentar tanto mal. Sin embargo, la reina revistió siempre de armiño y púrpura a hombres de reconocida virtud, viejos austeros y jóvenes enemigos del vicio, cuya benevolencia debía atemperar la rudeza de los rígidos antecesores. Todos habían faltado a su misión poniéndose del lado de los ricos, no escuchando las quejas del pobre, despojando al miserable de su viña. Escuchando el relato de tanto crimen, la reina lloró, como el día que le revelaron la maldad de su esposo. La desesperación llegó hasta el delirio, pues desconfió de la bondad e integridad de sus jueces, hasta creer imposible que la justicia pudiera hacerse con hombres tan refinadamente perversos.

Desde entonces, la reina resolvió ser ella la justiciera; consolaría a los desgraciados en sus cuitas; distribuiría recompensas y castigos. Como su reinado no era grande, podía cumplir, ella sola, la loable tarea que se había impuesto, y viajando por montes y valles, constantemente escuchaba los lamentos de los desgraciados; los sollozos de los humildes. Era complaciente y benévola con los infelices, pero inflexible con los que atentaron al bienestar de los demás.

Una mañana llegó a un pueblo, en el que no había estado nunca, situado en el fondo de un valle solitario, rodeado por el circo verdoso de feraces montes, en un paisaje tranquilo, de opulenta alegría. Cuando bajaba por el camino, serpenteando la falda del monte, las casas del pueblo aparecían como islas en medio de un océano dorado, de hermosas

mieses que, agitadas por el viento, producían ondulaciones y murmullos de apacible encanto. La reina quedó admirada al contemplar tan grandioso espectáculo, y su regocijo fué inmenso pensando que en aquel rincón de su reino, en tan ameno y poético país, todos debían ser felices.

Las gentes del pueblo salieron a recibirla, y colocándola en una litera, previo su consentimiento, la llevaron a la plaza, frente a la iglesia, donde habían construido, con maderas, una especie de tribuna, adornada con ricas telas y hermosas flores. Después de obsequiarla con manjares y frutas, un heraldo, desde el trono improvisado, sonó tres toques de corneta, cuyos ecos repercutieron en el valle, y luego invitó a todos los que tuviesen agravios o quejas que exponer que se dirigiesen a la reina. Muchos llegaron hasta ella; hombres o mujeres, gentes de fino cutis y cuyas caras rebosaban satisfacción; vestían elegantemente trajes de rica tela. Todos se quejaban de recíprocas usurpaciones, y la voz de cada uno adquiriría una rudeza sorprendente cuando decían: «mi campo», «mis frutos.» La reina intentó reconciliar los mutuos intereses de todos, pero no pudo.

La visible aspereza de los tenaces señores la disgustó mucho y sólo se consoló al pensar que ninguno de ellos había cometido crímenes ni malas acciones. Iba a retirarse cuando se apercibió que, por en medio de la multitud, un hombre, con mano vigorosa, empujaba a un desgraciado harapos, delgado, lívido, que todos a su paso saludaban con golpes e insultos. Cuando llegó al regio tribunal, los soldados de la escolta lo cogieron y separaron del escandalizado populacho, al que la reina preguntó en alta voz cuál era el crimen del sujeto a quien tan malamente trataban.

A esta pregunta sucedió inmediatamente un espantoso clamor; todos avanzaron hacia el trono, y a un mismo tiempo pusiéronse a hablar. El que acababan de arrastrar hasta el trono no vivía, desde muchos años ha, más que de rapiñas y robos audaces. «Habita en el fondo de un monte lejano en una choza solitaria; por las noches asalta los muros de nuestros corrales, nos *limpia* nuestros gallineros, ordeña nuestras vacas y diezma nuestros frutos. El mismo que le había llevado hasta allí, acababa de sorprenderlo segando en uno de sus campos.»

—¿Por qué tomas lo que no te pertenece?—le preguntó severamente la reina—. ¿No sabes que en nuestra religión y en nuestras leyes está escrito: «No robarás»?

Iba a contestar el desgraciado, y al ver las miradas amenazadoras de los que le rodeaban, alzó los hombros indiferente y la reina Berta no pudo hacer conseguir del acusado ni una palabra de defensa. Entonces ella creyó ver en el haraposo un ser obstinado en el mal y decidió condenarle a tres meses de calabozo. Después, como nadie se presentara, se levantó la audiencia y tras algunas horas de reposo la justiciera continuó su marcha.

Tres meses después, al volver hacia la capital de su reino, Berta quiso pasar nuevamente por el valle de la abundancia. Era por la tarde, y al bajar la pendiente del monte, la reina oyó clamores lejanos, gritos de amenaza, ira, desesperación y rabia, y al llegar a un pequeño llano que dominaba la villa, vió a lo lejos un gentío inmenso que gritaba desahoradamente, persiguiendo a un hombre casi desnudo. La noche se aproximaba, y al subir el fugitivo y sus perseguidores a la cumbre de una pequeña colina, a la luz de los últimos rayos del sol, la reina vió que la multitud iba armada de guadañas, hachas y hoces que agitaban furiosamente.....

Cuando los más ligeros y tenaces perseguidores seguían de muy cerca al fugitivo, tropezó éste y cayó a los pies de un caballo de los del regio cortejo, y los soldados avanzaron a contener la frenética muchedumbre. Aproximóse Berta al extenuado y andrajoso fugitivo y al fijarse en él lo conoció; era el ladrón que tres meses antes había condenado. Entonces ordenó que lo levantaran y dirigiéndose a los perseguidores les preguntó sobre la nueva fechoría que había cometido aquel miserable; el griterío fué tal, que nadie pudo oír lo que la multitud vociferaba. Iba a repetir la pregunta, cuando oyó detrás de ella estas palabras:

—¿Preguntas cuál es el crimen de este hombre? Pues es el de haber sufrido tu justicia.

La reina se volvió y vió que el que hablaba era un viejo pastor de aspecto grosero, con barba hirsuta, canosa, y tez tostada por el sol; con algo de desdén le dijo:

—Explicáte, buen hombre.

—Con muchísimo gusto, reina; escúchame. Este, por orden tuya, fué encerrado en un calabozo; durante tres meses ha sufrido la sombría tristeza del lóbrego antro: el martirio de la falta de la libertad; el dolor de estar separado de sus seres queridos. Ayer tarde, cuando los carceleros le habrieron la puerta, corrió como lobo herido hacia su choza y en ella encontró su mujer y su hijo muertos de hambre, porque durante su encierro nadie se había ocupado en socorrerlos. Entonces el furor enloqueció a este desgraciado, y esta mañana, cuando el sol acariciaba al mundo prodigándole luz y calor, ha asesinado al que le llevó hasta tu tribunal. Hé ahí por qué esas gentes le persiguen; hé ahí por qué te piden su muerte.

La reina sintió que el llanto oprimía su pecho y murmuró como si hablara contigo misma:

—¡Luego yo no hice justicia!

—El viejo pastor la oyó y dijo:

—Nadie puede administrar justicia a otro, y tú menos que nadie, reina; tú no tienes ningún derecho a ser justiciera, puesto que contribuyes a perpetuar el mal.

¿Yo?—preguntó con viveza.

—Sí, tú; porque tú eres la autoridad. ¿No eres tú quien defiende a los poseedores de la riqueza; la que protege los opulentos que te rodean; a los tentadores de la tierra, gentes todas para quienes el pobre es un eterno enemigo? ¿No te has regocijado al contemplar la prosperidad de este país? Sin embargo, dejastes de pensar, cuando te presentaron a este desgraciado, cuyo crimen consistía en querer vivir, que toda esa riqueza sólo sirve para unos cuantos y le castigastes diciéndole que nadie tenía derecho a apoderarse del bienestar de los demás. No te preguntaste en virtud de qué anomalía social había un vagabundo, un desheredado en este valle de abundancia y le condenaste porque había querido comer. Tu justicia debe estar satisfecha porque ha causado la muerte de tres seres.

La reina bajó la cabeza, abatida, humillada; sus lágrimas afluyeron con abundancia. Entonces comprendió la vanidad e impotencia de su justicia y se convenció de que mientras hubiese pobres y ricos, lo que se llama justicia no sería otra cosa que la defensa inícuca y cruel de los segundos; la desgracia y abominación de los primeros; pensó que

su poder sostenía todo eso tan bárbaro, y silenciosamente echó pie a tierra, abrazó al desgraciado, cuyo cuerpo desnudo temblaba por el frío de la tarde, y en voz baja le pidió perdón, mientras que el viejo pastor meneaba la cabeza diciendo: «A buena hora.»

BERNARD LAZARE.

El Hombre Libre

¡Qué de veces no se ha cantado ya las glorias del siglo XIX, y cuántas no nos hemos envanecido de haber visto la luz en un tiempo en que el sol de la libertad nos alumbraba a todos!

Somos libres, nos hemos dicho con júbilo, y como si al decirlo sintiésemos allá en el fondo de la conciencia, que en algo nos repugna a nuestra afirmación, nos hemos apresurado a buscar en el libro de la historia datos y argumentos que nos convenzan de que no mentimos.

Los desventurados de todos los tiempos, los parias de la India, los ilotas de Grecia, los esclavos de Roma, los siervos de la Edad Media, todos nos han servido de término de comparación. La virtud que sólo el argumento evidencia, no es virtud; la libertad que necesita demostración, no es libertad.

Somos hoy, si bien se mira, tan esclavos como todos aquellos infelices cuya suerte se nos antoja tan distinta de la nuestra. No ha cambiado más que la cifra: en los tiempos antiguos los hombres esclavos eran los menos y los libres los más, y en los tiempos modernos son los menos los libres y los más los esclavos.

¿Qué hemos de entender por libertad? ¿En qué consiste la libertad? Consiste, decimos en el voluntario ejercicio de todos los derechos indispensables para el cumplimiento del fin de la vida.

¿Gozamos de estos derechos?

Tengo el de vivir contra todo y contra todos. Me dió la naturaleza la vida y sólo ella puede quitármela. No me la dió para que se consumiera estérilmente, me dió con ella todos los medios de ampararla y defenderla. Debo a la decantada civilización el escamoteo de esos medios. La tierra que piso es de otro que no soy yo. ¿Dónde está el pedazo de suelo en que, puesto que vivo, debo sostenerme sin debérselo a nadie?

Unos cuantos amantes de la moralidad y del orden se repartieron la tierra sin contar conmigo. Eso sí; me arrendarán un pedazo. Vivo, pues, gracias a la amabilidad de esos caballeros, que, como el personaje de Molière, me ceden por un pequeño estipendio un pedazo de su mundo. De su mundo, sí, porque como todo es suyo, yo no podré ni matar mi hambre sin el permiso del amo. La caza que corre por los montes, los frutos que nacen en los árboles, suyos son.

¿Qué haré, pobre paria, ilota desgraciado? trabajar para que el amo descanse perpetuamente. Yo le labraré sus tierras, le levantaré esas ciudades dónde ha de explotar a mis hermanos, lo estudiaré y lo sabré todo por él; en su solo obsequio no detendré un sólo instante la rueda del progreso, y las ciencias y las artes le harán cómoda y alegre la vida. A cambio de todos mis servicios tomaré con una mano el signo convencional del valor, y se lo devolveré con la otra para pagarle los frutos que tomo de su campo, el alquiler del piso quinto de la casa que levanté; y en fin, todo lo que, si debiera ser de alguien, debiera ser más mío que suyo.

¡Qué! ¿Os rebeláis contra condición tan dura? ¡Ah! no le importa. Tiene dispuesta toda una red de vengadores; da sus migas a una porción de hermanos vuestros que os detendrán y os juzgarán y os matarán si es preciso.

El patíbulo simboliza en estos hermosos tiempos la cantidad de derecho a la vida de que goza el hombre.

Se es libre o no se es libre; la libertad es una. No se puede ser libre en parte y en parte esclavo.

¿Dónde está el hombre libre del siglo XX?

Ya véis a lo que queda reducido su decanado derecho a la vida; pero por si con eso no estuviera dicho todo, examinad uno por uno los demás derechos y libertades de que se le supone en posesión.

Libertad de trabajo. El que quiere dedicarse a la ciencia, se ve obligado a veces a ser cochero, y el que ni para cochero sirve, rompe pantalones en una Universidad y alcanza un título.

Libertad de pensamiento. Piensa lo que quieras, pero obedece al fabricante que te hace el favor de explotar tu trabajo, o al casero a quien no pudiste pagar el último mes por falta de recursos. Si ejerces el derecho

electoral sin tener en cuenta estas reglas ¡pobres de tus hijos!

¡Tus hijos! Tampoco son tuyos. El capitalista los necesita para que defiendan sus intereses o lo que él llama la patria, que es lo mismo. Te los arrebatarán en cuanto sean fuertes, y te los devolverán inútiles, ya de cuerpo, ya de alma, en caso de que te los devuelvan.

El derecho a crear una familia, el más grande y el más sagrado de todos, se ha convertido en un lazo. Los moralistas más severos lo proclaman a cada paso: «No debe crearse una familia para hacerla desgraciada.» En Francia, que es un país adelantado, las gentes son juiciosas y ya ningún pobre se casa. La prostitución ha sustituido con ventaja al matrimonio.

El hombre libre del siglo XX vive dedicado a la peligrosa conquista del pan cotidiano.

Dios no quiere hacer caso de los ruegos que le dirigen sus fieles en el *Padre nuestro*, y ya no da ni pan ni nada de balde.

El hombre del siglo XX se acuesta muchas veces sin cenar; pero siempre bendiciendo los venturosos días en que ha tenido la suerte de nacer.

FRANCISCO PÍ Y ARSUAGA

Una república modelo

Hay maridos ejemplares, como don Polinomio Berengenas que dialogaba con su amigo don Policarpo Camarón. Este le decía:

—No hay muchos hombres tan felices como tú en el seno de la familia.

—Como que mi casa es una República modelo. Verás: ministro de Hacienda, mi mujer; ministro de Guerra, mi suegra; ministro de Relaciones, mi hija; minis...

—Por supuesto que tú serás el Presidente.

—No, hombre; se conoce que eres un solterón ignorante. La silla presidencial la ocupa la cocinera.

—Entonces, ¿tú qué eres?

—Yo... soy el pueblo que paga las contribuciones.

OBRAS EN VENTA DE JOSÉ INGENIEROS

«La Revolución», un tomo en rústica.....	₡ 6.00
«La cultura filosófica en España», pasta	4.00
«Al margen de la ciencia», pasta.....	3.00
«La simulación de la lucha por la vida», pasta.....	5.00
«El hombre mediocre», pasta.....	5.00
«Italia», pasta.....	3.00

Monumento a Tecum Umán

El ayuntamiento de Quezaltenango, Guatemala, acordó últimamente erigirle un monumento a Tecum Umán el héroe indio de aquella República, en la fecha en que se celebrará el Centenario de la Independencia de Centro América.

Murió Tecum Umán hace 345 años en el paraje llamado Xie-qui-kiel. Peleó a la cabeza de sus bravos y valientes súbditos contra la invasión armada, hasta caer en combate singular, en lucha con el conquistador don Pedro de Alvarado.

Su sangre y la de los suyos tiñó las aguas del río «Sigüilá».

Xie-qui-kiel es un llano distante una legua de Quezaltenango: Xie, quiere decir «se fué»; qui-kiel, «la sangre». Se fué la sangre.

Según la tradición cuando se verificó la batalla en ese paraje fué tal la matanza que corrió la sangre hasta el río «Sigüilá», tiñéndose las aguas de éste.

En un barranco que todavía muestran, encontraron los españoles a la princesa Alix (Esmeralda) llorando la muerte de su prometido el bravo Tecúm.

Las crónicas antiguas refieren que Guizil, príncipe indio, se encargó de recoger el cadáver del héroe, dándole sepultura junto a un puente en el barrio de los caciques en Totonicapán, antes Chinequená.

LA DIVINA GRACIA

Cual junco dócil o flotante nido,
a merced de las olas y del viento,
leve, sin alas deslizarme siento
en nebuloso piélago perdido.

Nada alcanzan la vista ni el oído,
en vacuo seno el pie posar no intento;
cruzando voy incógnito elemento,
por incógnita fuerza dirigido.

Silencio aterrador cércame en vano,
o ráfaga siniestra de repente
anuncia horrendo baratro cercano.

Tranquilo voy, porque mi mano siente
tendida hacia adelante, de otra mano
la presión suave, la atracción potente.

MIGUEL ANTONIO OARÓ
Colombiano

Sugerir ideales

Un ideal es un deseo. *Querer es poder*, dice un refrán castellano. «Querer es hacer», dice con tanta mayor energía germánica, un refrán alemán. *Wollen ist machen!* Luego sugerir ideales es *preparar hechos*.

Los ideales que se deben sugerir a la juventud son: *abstractos y concretos*. Abstractos, las nociones de *ética y estética*; concretos, los modelos de *individuo, patria y progreso*.

¿Cómo sugerirlos? ¿Hay quién lo ignore? El ejemplo, siempre el ejemplo, en todos los detalles de la vida, en la conducta de los mayores, en la crítica, en la anécdota, en el cuento, obrando como una continua gota de agua sobre la sensibilidad y la memoria del niño, acaba por dejar en su espíritu hondo rastro: el concepto del bien y del mal. Repítasele y demuéstresele hasta el cansancio, en todas las ocasiones, en todos los momentos, ya directa, ya indirectamente, que entre un hombre bueno y un hombre malo media un abismo: ¡el de la felicidad! Conocido el bien, el niño terminará por amar el bien, es decir, por poseer el ideal del bien... Y cúidese de que ninguna autoridad alabe o se jacte de triunfos del desenfreno, del juego, del fraude, en fin, del vicio, porque ello puede sugerirle *contra ideales* que encarnen en su vida la tentación y el mal. Armesele poderosamente en su imaginación a su ángel bueno, para que cuando allá en los páramos de su alma, le trabe batalla su ángel malo, aquél lo venza y lo derrumbe en la sombra con su espada de fuego...

CARLOS OCTAVIO BUNGE
Argentino

En las playas

En las playas de todos los mundos se reúnen los niños. El cielo infinito se encalma sobre sus cabezas; el agua impaciente se alborota. En las playas de todos los mundos los niños se reúnen gritando y bailando.

Hacen casitas de arena y juegan con las conchas. Su barco es una hoja seca que botan, sonriendo, en la vasta profundidad. Los niños juegan en las playas de todos los mundos.

No saben nadar, no saben echar la red. Mientras el pescador de perlas se sumerge por ellas y el mercader navega en sus navíos, los niños cogen piedrecillas y vuelven a tirarlas. Ni buscan tesoros ocultos, ni saben echar la red.

El mar se alza, en una carcajada, y brilla pálida la playa sonriente. Olas asesinas cantan a los niños baladas sin sentido, igual que una madre que meciera a su niño en la cuna. El mar juega con los niños, y, pálida, luce la sonrisa de la playa.

En las playas de todos los mundos se reúnen los niños. Rueda la tempestad por el cielo sin caminos, los barcos naufragan por el mar sin rutas, anda suelta la muerte y los niños juegan. En las playas de todos los mundos se reúnen, en una gran fiesta todos los niños.

RABINDRANATH TAGORE

Los conquistadores

No han sido las armas sino el progreso el que ha discernido las hegemonías. Jamás ha triunfado una nación en la Historia sin haber llevado previamente al corazón de los vencidos, el sentimiento de su inferioridad. El Arte, la Legislación, la Filosofía, la Enseñanza, han abierto las sendas que han creído desbrozar los conquistadores. Y por eso han caído, unas veces en las gradas del Capitolio y otras en las soledades de Santa Elena. Creyeron ser algo más que meros instrumentos de un providencialismo mecánico; sustituyeron su voluntad a la de su época y cayeron en el vencimiento y en el oprobio. No se conquista sino con maestros de escuela, cuando la escuela es lo que debe ser. Ved el apotegma escrito en Sedán, en Puerto Arturo y en Cavite.

Y las gentes van aprendiendo y se preguntan si, conocida ya la ley que sabe discernir las victorias, no es mejor evitar el inútil derramamiento de sangre, que oponerse ciega y aun estérilmente al destino. Puesto que la cultura es la que nos vence, procuremos asimilarnos la ajena cultura. De este modo el conquistador será conquistado. Nos traerá sus industrias y no sus guerreros; nos dará sus libros y no sus disciplinas marciales. Instalado en nuestro territorio, no en fuerza de bombas sino de cheques, acabará por ser compatriota. Creará riquezas en vez de destruirlas, sembrará el bienestar donde pudo sembrar la desolación. Será vencido por el amor, arma omnipotente que ha creado los mundos y que acabará por divinizarlos.

Hace siglos fueron, como hoy van, españoles a América. Pero aquellos volvieron vencedores. Hoy nuestros compatriotas no vuelven, y por eso nosotros somos los vencidos.

ANTONIO ZOZAYA

Del libro «A Sangre y Tinta»

A Don Miguel de Cervantes Saavedra

Vuestro libro, Miguel, es regocijo de jóvenes y viejos, libro sabio, en sanas enseñanzas muy prolijo y que dice perdón para el agravio. Y pues de corazón vos lo escribisteis, varón preclaro y elocuente y claro, la maldad en el hombre combatisteis y dijisteis bondad cual voz de amparo. Por eso Don Quijote rompe lanza atacando ideales injusticias, aun contra la opinión del zafio Panza. Y así fiel a su rango de escudero, --- según en vuestro libro dáis noticias,--- Sancho sigue, a la postre, al Caballero,

G. ALEMAN BOLAÑOS

Para LECTURAS,

Resurrección

Carlos se colocó delante de las cuartillas.... La pluma le temblaba entre los dedos.... No podía coordinar las ideas.... Su hijo, aquel hijo adorado, rubio como el sol, de ojos azules, se moría en la habitación inmediata, en su cunita también azul, al lado de su madre, que rezaba, rezaba... ¿Rezar? ¡Si él pudiera rezar!... Pero... mojigangas de las pobres mujeres!... Su hijo se moría... La ciencia había agotado todos sus recursos. Bien claramente se lo dijo aquella mañana el doctor.

—¡Solo un milagro!

Y él no creía en semejantes supercherías.

Las lágrimas humedecieron las cuartillas... ¡aquellas cuartillas que tenían que llenar a cambio de un puñado de pesetas con qué poder vivir y sostener su casa!

El director del diario radical le había pedido con urgencia un artículo violento, demoleador contra las instituciones sociales. Y Carlos, dominando su dolor, dejó correr la pluma devastadora como un incendio; proclamando el robo, el asesinato, la destrucción de la sociedad... ¡El, que daría su vida por conservar la del hijo idolatrado!

Isabel entró en el despacho de Carlos, interrumpiendo su labor.

—¿Qué haces, Carlos?

—Escribir... Digo mal: demoler.

—¿Demoler? Carlos, tus escritos y tus propagandas me dan miedo.

Mira: muchas veces pienso si la enfermedad de nuestro hijo, su muerte tal vez no será un castigo del cielo por tus blasfemias y por tus campañas contra lo más santo. Tengo miedo, Carlos. Y vengo a decirte que he hecho una promesa a Dios: la de que no escribirás ni hablarás más contra la religión, que te convertirás, que serás otro, si nuestro hijo recobra la salud.

—¿Me lo prometes?

—No digas tonterías, Isabel.

Ya sabes que yo no creo en nada, en nada, y cada vez menos. Nuestro hijo se morirá, porque así lo ha declarado la ciencia.

Isabel rompió a llorar desolada.

De la habitación vecina llegaban los quejidos del enfermito.

Carlos quiso consolar a su mujer.

Esta se puso de rodillas e imploró. Por Dios, Carlos mio, por la vida de ese angelito que se nos va a ir, que está sufriendo en su cunita. ¡Prométeme que si se pone bueno, que si vive, serás otro, que te convertirás, que no escribirás jamás como lo haces ahora!... ¡Prométemelo!

Y Carlos, conmovido por aquella súplica ardorosa de su mujer, se lo prometió, empeñando su palabra.

Y salió Isabel para arrodillarse de nuevo junto a la cunita azul del enfermito, y rezar, rezar con fe viva.

Y Carlos volvió a la mesa de trabajo... Pero ya no pudo escribir una palabra más. Se echó a llorar sobre las cuartillas. Las lágrimas corrieron borrando el escrito impío y demoleador.

La fe viva que, en expresión del apóstol, tras-

porta los montes, la fe humilde y sencilla realizó el milagro. El hijo amado recobró la salud.

Carlos escuchó estas palabras de labios del doctor.

—Usted, amigo Carlos, que no cree en milagros y tiene toda su fe puesta en la ciencia, debe la vida de su hijo, no a la ciencia, en este caso, como en tantos otros impotentes, sino a un milagro que Dios le ha concedido por medio de su santa mujer.

Carlos, fiel a su palabra empeñada, fué otro desde entonces.

Su pluma y su palabra estuvieron siempre al servicio de la verdad, a prueba de privaciones y estrecheces.

Aquel sábado de Gloria, el volteo alegre de las campanas de la iglesia vecina, anunciando al mundo cristiano la Resurrección del Salvador, se confundió en el hogar de Carlos con las vocécitas cantaninas del niño rubio como el sol, de ojos azules como el cielo.

¡Sábado de Gloria y de bendiciones en el hogar donde Jesucristo, vencedor de la muerte y de la culpa, había resucitado en el alma de Carlos!..

J. L. ROLDAN

Para LECTURAS.

Algo sobre el valiente Netzahualcoyotl

Paseando una vez disfrazado en hábito de cazador, encontró a un niño miserable, que andaba recogiendo palitos caídos por el suelo.

—¿Por qué no entras, le dijo, la montaña adentro? Ahí hay leña seca que podrás llevar.

—No pienso hacer tal cosa, respondió el rapaz, porque el rey me quitaría la vida.

—¿Quién es el rey? --- preguntó Netzahualcoyotl.

— Es, contestó el niño, un hombrecillo miserable, que quita a los hombres lo que Dios les dá a manos llenas.

Insistió el rey en que pasara los límites, pues nadie lo veía ni podía llegar a noticias del monarca, con lo cual, exasperado el muchacho, le dijo que quien tal le aconsejaba debía ser enemigo de sus padres, pues solicitaba cosa que pudiera costarle la vida.

Al día siguiente, Netzahualcoyotl hizo traer al niño con sus padres, quienes se presentaron tristes, pensando en que iban a recibir algún castigo: el rey les habló benévolo y despidiólos colmados de presentes, dando gracias al muchacho por la lección recibida. Dióse entonces órdenes de que todo el mundo pudiese penetrar en los bosques para aprovechar la leña y la madera, con pena de la vida a quien derribara un árbol.

En otra ocasión, estando Netzahualcoyotl en un mirador de su palacio, se pusieron a descansar debajo, un leñador con su mujer. Al dejar sobre el suelo la pesada carga, alzó los ojos y mirando la magnificencia de los palacios, exclamó:

— El dueño de toda esta máquina, estará harto y repleto, mientras nosotros estamos cansados y muertos de hambre.

— Calla, --- interrumpió la mujer, no te oiga alguno, y por tus palabras seas castigado.

Oída la conversación, Netzahualcoyotl mandó a un criado llevara al leñador a la sala de audiencias: ambos llegaron temblando.

---- ¿Qué dijiste? --- le preguntó el rey. Dime la verdad.

El leñador la dijo.

---- No murmures de tu señor, rey natural, prosiguió Netzahualcoyotl, porque las paredes oyen. Te parece que estoy harto, repleto al ver mis palacios y poderío; mas no adviertes el trabajo que me agobia al mantener en justicia y regir un reino tan poderoso como éste. Toma --- añadió --- dándole un regalo considerable --- con esto vivirás satisfecho y feliz, mientras yo, con las máquinas de mis palacios, paso una vida llena de zozobras y aflicción.

Página Femenina

Primavera

Toda mujer tiene su primavera, como toda flor tiene su aurora, como toda estrella tiene su instante de sombra. Al pasar bajo el arco florido de la misteriosa pubertad, el rostro de la niña se colora con los encantados matices de la mujer; tal una nube blanca sobre la que se desmayara un trozo de arco iris. Los pinceles de la luz se complacen en dar a las mejillas los tonos suavemente desvanecidos del rosa de la vuelta interior de un caracol. La palidez mate de la frente es de un marfil animado y risueño, y la flor de granado de los labios estalla en erupción de púrpura. De los ojos sale un baño de luz húmeda y de la boca sube un vuelo de sonrisas. El alma de la mujer está brillando en su rostro, en la primera comunión de su primavera fragante.

Esa primavera pasa. Dura una estación, dura varias, dura un día; pero siempre llega. A veces nos parece que de algunos rostros no habrá de irse. Sin embargo, un día u otro, sin saberlo ni sentirlo ella, el encanto desaparece. Queda la huella, que por sí sola es de una belleza suprema. Esa huella nos parece algunas veces que es más bella que la gracia del ser mismo que se fué, como la espuma, huella de la ola en la playa, parece tener más encantos que la ola misma. Después, también esa huella acaba, desaparece.

Ya lo sabéis, oh niñas! Tenéis un instante o una corta o una larga sucesión de instantes en que sois dueñas de vuestra primavera. Entonces sois como la flor en la aurora, como la estrella en la sombra, como la blanca nube en que se desmaya un trozo de arco iris, bajo el oro tembloroso de una tarde.

J. D. VENEGAS
Nicaragüense

La noche

Dicen que la noche es velo que cae de lo alto. No cae de lo alto: la noche va subiendo del suelo al cielo: es como un aliento de la tierra, como un ascender de su tristeza con que venga a su modo el gozo de la luz que ha estado todo el día cayéndole del sol: la sombra nace en lo hondo del valle; inunda las praderas como agua mansa,

ahoga la silueta de los árboles, y se desparrama trepando monte arriba: de la vertiente pasa a las cumbres, y de la cumbre al aire pero no puede llegar al cielo.

La carreta avanza, acariciada por estos crespones que van subiendo: el camino ha llevado a los húngaros al corazón mismo de la llanura: la serranía envuelta en las tinieblas, apenas se ve: quedaron atrás chopos y álamos; quedó con ellos el caserío; ahora están solos y frente a frente el cielo y la tierra. Habla la noche, y parece decir a las estrellas: «Caminad; tejed y entretejed hilos de oro debajo del azul profundo, para sudario de la muerta» y las estrellas tejen y entretejen la red sutil, y al caminar levantan una música mansa, y las que se están quietas, aquel lucero blanco entre norte y oriente, aquellas tres clavos de diamante clavados en lo alto, aquel rubí a poniente, parecen atender a un misterio, y su luz tiembla. Sigue hablando la noche y dice a las hierbas del campo: «Extremeceos y vibrad quedito como cuerdas de arpa», y las hierbas se extremecean y vibran y funden su música con la majestuosa de las estrellas. Y a la tierra le dice la noche: «Suspira» y suspira la tierra. Y a las matas de menta y tomillo real: «Dad vuestro aroma, incienso de los campos». Y a las luciérnagas: «Lucid en mi sombra». Y a un ruiseñor: «Recoged el misterio que hay en el aire y cántale», y el tomillo y la menta aroman el aire, y luciérnagas fulguran, y el ruiseñor canta, y la noche vibra y se extremece porque es mujer y tiene corazón de poeta.

G. MARTINEZ SIERRA

Historia anecdótica

Cuando Luis Napoleón era Presidente de la República Francesa, desempeñaba el cargo de Comandante de las fuerzas de Lyon el general Castellani, viejo militar cuya severidad tenía a raya el revuelto espíritu de la organizada ciudad.

Uno de los principales agitadores era cierto barbero que decía abiertamente que sólo esperaba tener ocasión para librar a la ciudad de su severo comandante.

El general se enteró de la amenaza, y una tarde mandó a su cochero que le llevara a la barbería del furibundo peluquero. El general entró en el establecimiento, se sentó en un sillón y mandó al barbero que le afeitase.

El sorprendido revolucionario llevó a cabo la operación todo lo mejor que le permitió su nerviosidad y cuando hubo acabado, el general le pagó y le dijo con calma:

—Monsieur, que no ha aprovechado usted la ocasión que le he dado para degollarme, más vale que defrene su lengua y no formule amenazas que es usted incapaz de realizar,

El asno de Buridán

Hay sus más y sus menos en esto de que nos sea posible ejercer nuestra voluntad omnímoda. Afirman algunos filósofos que el espíritu, conociendo lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto, lo conveniente y lo perjudicial, está facultado para elegir entre todo con absoluta independencia. Pero otros, también filósofos niegan al alma la facultad de elección independiente, restringida en ella por el conocimiento que la hace querer lo que entiende que es mejor. Aclararé un poco aún, pues en estas cuestiones filosóficas nunca se aclara bastante.

Según todos los filósofos referidos, tiene nuestra alma inteligencia y voluntad. Nuestro espíritu comprende o puede comprender y puede desear y desea. En esto se demuestran conformes. A lo que no se avienen es a convenir en si hay o no hay distinción actual entre los dones anímicos o espirituales. ¿La hay? ¿Se comprende y se desea por separado? La teoría del libre albedrío triunfa, puesto que así podemos querer hasta lo que sepamos que es malo, injusto, perjudicial. ¿No la hay? ¿Se comprende y se desea en común? La libertad psicológica sucumbe, ya que de este modo sólo podemos querer lo que nos parezca bueno, justo, conveniente.

Buridán ofreció el ejemplo del asno, que le ha dado más nombradía que sus estudios acerca de Aristóteles, que su «Compendium lógico» e incluso que su fantástica aventura con Margarita de Borgoña en la Torre de Nesle, origen de interesantes novelones y emocionadores melodramas.

Suponía que un pollino, acosado con igual fuerza por el hambre y por la sed, se hallaba entre un cubo de agua y un haz de avena. ¿Cómo debía comenzar el animal la satisfacción de las dos necesidades que igualmente tenía? Se decidiera a comer o se decidiera a beber, decidiéndose a una u otra cosa, lo mismo de apetecibles, demostraba que hasta un burro posee libre albedrío. Y no decidiéndose a ninguna moriría de hambre y de sed con comida y bebida ante el morro, y eso no lo hace un borrico por muy borrico que sea.

La hipótesis logró fortuna, aunque no merezca más aprecio que cualquiera de las argumentaciones conducentes al absurdo, especialidad de los sofistas. Fué famosa en su tiempo, pasando después a ser proverbial.

Con el asno del ejemplo ofrecido por Juan Buridán se compara hoy al hombre que colocado entre dos opuestos deseos no sabiendo cuál realizar, deja sin satisfacer los dos.

Y bien está que a quien en tal trance proceda de semejante modo se le diga que es el asno de Buridán. No lo es, desde luego, porque en realidad, ese señor ni vive ni cuando vivió tuvo ningún asno. Pero es un asno de todas maneras. ¡Naturalmente que lo es!

LUIS DE OTEYZA

Información Extranjera

EL TRATADO DE PAZ

Los aliados llegaron a un acuerdo sobre todas las cuestiones territoriales, que había pendientes inclusive la de Fiume.

La situación del Adriático ha quedado también definida.

Lo único pendiente era lo relativo a convenios económicos.

Los estados que se formaron después de la desmembración del antiguo imperio austro húngaro han convenido en pagar parte de las indemnizaciones de guerra que habían recaído sobre aquel.

Una de las notas más curiosas del arreglo es que Italia asume la parte de la deuda austro-húngara que hubiera correspondido al Trentino y Trieste y otras secciones que quedan ahora bajo la bandera italiana.

*

El Comité de la Federación Nacional del Trabajo reunido en París adoptó una resolución: condenando la manera secreta como fué elaborado el tratado de paz y protestando por las condiciones impuestas en la parte que se conoce de dicho documento.

*

El gran poeta español Francisco Villaespesa que había permanecido algún tiempo en México, se dirigió a Nueva York.

*

WALT WHITMAN

El 31 del mes pasado celebróse en dicha ciudad el centenario del nacimiento de Walt Whitman. Fué brillante la ceremonia conmemorativa.

EL ATENEO DE MADRID - MUERTE DE IGLESIAS HERMIDA

Para sustituir al dimisionario Conde de Romanones, ha sido elegido Presidente del Ateneo de Madrid al ilustre escritor Menéndez y Pidal.

*

Falleció en España el original escritor Prudencio Iglesias Hermida, autor de «Horas trágicas de la Historia» y «La Ermita de los Fantasmas».

Pastas y Fideos extranjeros La Gran Vía

Pastillas de levadura

El Gremio

Antonio Urbano G.

Abarrotes, vinos, licores, y la renombrada JARCIA de Muñoz : Unico depósito en Costa Rica : Teléfono 157 : Apartado 480 : Lado Norte del Mercado : San José, Costa Rica.

Cerveza Traube

NO SE SABE CON CERTEZA
QUE DEBE INMORTAL RENOMBRE
SI ES LA **CERVEZA** AL NOMBRE
O EL NOMBRE A LA **CERVEZA**.

FALCÓ Y BORRASÉ

IMPRESORES - EDITORES

IMPRESA : LIBRERÍA : ENCUADERNACIÓN : CASA EDITORIAL
PUBLICACIONES DE LA CASA: LECTURAS : EOS : RENOVACIÓN
DIRECCIÓN: 7ª AVENIDA, ESTE, 42, APARTADO 638: SAN JOSÉ, COSTA RICA

Lecturas:

Tenemos a la disposición de los coleccionistas el primer tomo empastado de esta revista. Por *dos colones* le entregamos el volumen mediante la devolución de los números 1 a 30. Dirección: 7ª Avenida. Este, N°. 42. Apartado 638. San José, C. R.

Le recomendamos lea el libro AROMA DE SANTIDAD, de Leonardo Montalbán.

Gran Fábrica de Calzado

de SAUMA E HIJOS

Departamento de Materiales de Zapatería
Sección de Calzado a la medida

SURTIDO DE CALZADO CON SUELA DE HULE DE LAS MARCAS
SULLIVANS Y NELIN, LAS MÁS REPUTADAS DE NORTE AMÉRICA.

TACONES DE HULE DE LAS MISMAS MARCAS.

TACONES DE HULE NON PLUS ULTRA CUADRADO A ₡ 1-75 EL PAR.

Calle Central, frente a Macaya : Teléfono No. 408 : Apartado No. 134
SAN JOSE, COSTA RICA

La Geisha

Cantina de lujo, la más concurrida
de la capital : Servicio inmejorable

COLOSSIUM

Este es el nombre del famoso betún que surte a toda la República, por ser el mejor y más barato, no tiene rival. Si usted no me conoce búsqume en cualquier establecimiento : 50 varas al Oeste del Parque Central : COLOSSIUM, Negro, Amarillo y Colorado.

PRUEBELO USTED

La mejor surtida: La más barata

Librería **TORMO** Papelería

Apartado 439 AVENIDA CENTRAL Teléfono 664
Frente al Banco Mercantil

≡ **EL HOGAR** ≡

COMPAÑÍA DE SEGURO SOBRE LA VIDA

OFICINA PRINCIPAL: SAN JOSÉ, COSTA RICA

Emite pólizas cuyas cuotas están al alcance de todas las clases sociales; desde doscientos hasta tres mil colones, las que se obtienen con pago de cuotas mensuales de dos hasta treinta colones. A ese sistema de ahorros de tanta aceptación, ha agregado los planes de Pólizas: «Ordinarias de Vida»; de «Vida a Pagos Limitados» y «Dotales», de 10, 15 y 20 años, pudiéndose hacer el pago de las primas trimestral, semestral o anualmente, siendo éstas más reducidas que las que cobran otras Compañías.

Nadie que entienda la importancia del seguro, como una gran previsión para el futuro, deja de tomar una póliza en EL HOGAR, Compañía que ha logrado abrirse ancho campo por la seriedad en el cumplimiento de sus obligaciones y por la honorabilidad de sus Directores.

Sin que haya una ley expresa que lo cxija, EL HOGAR ha hecho un depósito de 100.000 colones, el cual es intocable y sólo sirve para garantizar a los asegurados. Todos los pagos por siniestros se hacen de los fondos que la Compañía tiene en mano para tal fin.

LA FAMA

C. Herrero

Artículos para señoras y caballeros

Renovación

Cuadernos de 64 a 96 págs. de un sólo autor

Precio: 30 céntimos el ejemplar

FALCÓ & BORRASÉ, Editores

PUBLICADOS:

- 1 *Las vírgenes locas*, V. Blasco Ibáñez.
- 2 *Clopinel*, Anatole France.
- 3 *Homenaje a Francia 1917*.
- 4 *La Escuela Altruista*, Anselmo Lorenzo.
- 5 *Lecturas*, Angel Ganivet.
- 6 *La Basílica-fantasma*, Pierre Loti.
- 7 *El Príncipe Feliz*, Oscar Wilde.
- 8 *Miscelánea literaria*, Juan Maragall.
- 9 *La Ciencia y la Metafísica*, C. Gagini.
- 10 *La vida que pasa*, Eduardo Zamacois.
- 11 *El Estado Docente*, R. Castro Meléndez.
- 12 *La canción triste*, Vicente Medina.
- 13 *Del momento fugaz*, L. Montalbán.
- 14 *Homenaje a Francia 1918*.
- 15 *Desde Europa*, José Enrique Rodó.
- 16 *Diálogos sobre la Belleza*, F. Pi y Margall.
- 17 *Páginas selectas*, Jacinto Benavente.
- 18 *Antología Hispano-Americana*, Nicaragua.
- 19 *Malos vecinos*, Georges Clemenceau.
- 20 *El patio azul*, Santiago Rusiñol.
- 21 *De sobremesa*, Jacinto Benavente.
- 22 *Bronces de antaño*, Eduardo Calsamigla.

PRÓXIMO CUADERNO:

- 23 *El Jardín de Epicuro*, Anatole France.

EN PREPARACIÓN:

- El hijo del camino*, Jacinto Octavio Picón.
Un poeta lírico, Eca de Queiroz.
Crónicas sociales, Joaquín Dicenta.
Poemas, Rabindranat Tagore.
Evangélicas, Pedro P. Palacios (Almafuerte).
La perla negra, Victoriano Sardou.
Interior (teatro), Mauricio Maeterlinck.

Nuestro propósito es dar a conocer los trabajos más notables de Literatura, Ciencia y Pedagogía.

LIBRERÍA FALCO Y BORRASÉ

MARTÍNEZ RUIZ (JOSÉ) «Azorín»

- | | |
|---|------|
| <i>La Voluntad</i> , empastados..... | 3.00 |
| <i>Al margen de los clásicos</i> | 5.00 |
| <i>Los valores literarios</i> | 5.00 |
| <i>Los Pueblos</i> | 4.50 |
| <i>El Licenciado Vidriera</i> | 4.50 |
| <i>Un discurso de La Cierva</i> | 4.50 |
| <i>Un pueblecito</i> | 4.50 |
| <i>El político</i> | 4.50 |
| <i>Antonio Azorín</i> | 3.00 |
| <i>Confesiones de un peq. filósofo</i> | 4.50 |

HÆCKEL (ERNESTO)

- | | |
|--|------|
| <i>Historia de la creación de los seres</i> , 2 t..... | 8.00 |
| <i>Los enigmas del universo</i> , 2 tomos..... | 3.50 |
| <i>Las maravillas de la vida</i> , 2 tomos..... | 5.00 |

LIBRERÍA FALCÓ Y BORRASÉ

FRANCE (ANATOLE)

- | | |
|--|--------|
| <i>La azucena roja</i> | ₡ 5.00 |
| <i>El crimen de un académico</i> | 5.00 |
| <i>El pozo de Santa Clara</i> | 5.00 |
| <i>Opiniones de Jerónimo Coignard</i> .. | 5.00 |
| <i>El olmo del paseo</i> | 5.00 |
| <i>El maniquí de mimbre</i> | 5.00 |
| <i>El anillo de amatista</i> | 5.00 |
| <i>El figón de la reina Patoja</i> | 5.00 |
| <i>La camisa</i> | 5.00 |
| <i>Baltasar</i> | 5.00 |
| <i>La rebelión de los ángeles</i> | 5.00 |
| <i>La Isla de los Pingüinos</i> | 5.00 |
| <i>El libro de mi amigo</i> | 5.00 |
| <i>Crainqueville</i> | 5.00 |
| <i>Abeja cuento</i> (infantil)..... | 2.50 |
| <i>El jardín de Epicuro</i> | 1.30 |
| <i>Juan Servien</i> | 2.50 |
| <i>La cortesana de Alejandria</i> | 2.50 |

BAROJA (PIO)

- | | |
|--|------|
| <i>Aurora roja</i> | 3.75 |
| <i>La feria de los discretos</i> | 3.75 |
| <i>Paradox, rey</i> | 3.50 |
| <i>Las tragedias grotescas</i> | 3.50 |
| <i>César o nada</i> | 4.50 |
| <i>Las inquietudes de Shanti Andia</i> | 3.75 |
| <i>El árbol de la ciencia</i> | 3.75 |
| <i>El mundo es así</i> | 3.75 |
| <i>El camino de perfección</i> | 1.50 |
| <i>El mayorazgo de Labraz</i> | 1.50 |
| <i>Zalacain el aventurero</i> | 1.50 |
| <i>El tablado de Arlequin</i> | 1.50 |
| Memorias de un hombre de acción: | |
| <i>El aprendiz de conspirador</i> | 3.75 |
| <i>El escuadrón del Brigante</i> | 3.75 |
| <i>Los caminos del mundo</i> | 3.75 |
| <i>Con la pluma y con el sable</i> | 3.75 |
| <i>Los recursos de la astucia</i> | 3.75 |
| <i>La ruta del aventurero, novela</i> | 3.75 |

KROPOTKINE (PEDRO)

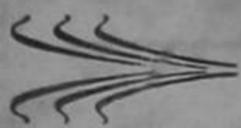
- | | |
|--|------|
| <i>La conquista del pan</i> | 1.25 |
| <i>Palabras de un rebelde</i> | 1.25 |
| <i>Campos, fábricas y talleres</i> | 1.25 |
| <i>Las prisiones</i> | 1.25 |
| <i>La ciencia moderna y el anarquismo</i> | 1.25 |

BUCHNER (LUIS)

- | | |
|---|------|
| <i>La vida psíquica de las bestias</i> | 3.50 |
| <i>El hombre ante la ciencia</i> | 1.25 |
| <i>Fuerza y materia</i> | 1.25 |
| <i>Luz y vida</i> | 1.25 |
| <i>Ciencia y naturaleza</i> | 1.25 |
| <i>El hurto sabroso</i> | 1.25 |
| <i>Bio-Bibliografía Hispánica</i> , M. Méndez. | 5.00 |
| <i>Nociones de Nomografía</i> , Fernando Baró. | 6.00 |
| <i>Historia de la literatura en los Estados Unidos</i> ,
William P. Trent, 7.00. | |
| <i>Libro de horas</i> , por Juan de la Encina. | |



Pronto llegará



CUASIMODO



Revista mensual americana

12 NÚMEROS: \$ 4-00

--- FALCÓ Y BORRASÉ, Agentes en Costa Rica.



Lea EL JARDÍN DE EPICURO

Por ANATOLE FRANCE

Se ha puesto a la venta este interesante cuaderno de RENOVACIÓN.

Precio: 30 céntimos : Falcó y Borrásé, Editores : San José, Costa Rica

Espacio

RESERVADO para la Agencia General de Anuncios en los Coches y Estaciones del Ferrocarril al Pacífico.—EFRAIM ROJAS SOTO, Agente General.—Apartado de Correos N° 543.—San José, C. R.

ALSINA Y PEREZ MARTIN

IMPORTACION

Productos Españoles

UNICAMENTE

EXPORTACION

Produc. Costarricenses

REPRESENTANTES DE VARIAS CASAS ESPAÑOLAS QUE ABARCAN TODA CLASE DE ARTICULOS

UNICOS AGENTES Y DEPOSITARIOS

del popular y acreditado

y del sin rival

Aceite MARTI

especial para las comidas

Papel LEPANTO

de pura paja de trigo

Apartado No. 249

Imprenta ALSINA

Teléfono No. 36

La Unión Industrial

PABLO SAUMA

PUROS «CASTRO AVILÉS» : CHOCOLATE
CAFE MOLIDO : HARINA DE MAÍZ

TELÈFONO NÚMERO 773 : SAN JOSÉ, COSTA RICA : APARTADO NÚMERO 131
LADO NORTE DEL MERCADO

Botica Española

ASTORGA HERMANOS

Medicamentos puros : Escrupulosidad en el Despacho de Recetas Medicinas de Patente siempre renovadas Agentes exclusivos de PULMOSELUM BAILLY Aceite Astor contra parásitos intestinales. Fabricantes de los famosos Cigarrillos Astorga : TELEFONO NUMERO 499 — SAN JOSE, DE COSTA RICA

LICITACIÓN para la construcción de otro Mercado en la Capital

La Municipalidad de San José en su sesión del 4 de los corrientes, acordó convocar licitadores para la construcción de un edificio destinado á Mercado público, en la parte Este de la ciudad. — El empresario o Compañía que acometa esta obra tendrá el derecho de explotar el nuevo Mercado por un término prudencial, cuya fijación queda sujeta a lo dispuesto en el Capitulo XIII de las Ordenanzas Municipales.

Desde la fecha del presente aviso se concede un término de seis meses para recibir propuestas, y se advierte que la Municipalidad se reserva el derecho de aceptar la que considere más conveniente, o de rechazarlas todas. — Intendencia Municipal, San José, junio 7 de 1919.

El Intendente, C. JIMÉNEZ R.

La Valenciana

Ocupa ya su nuevo y elegante local : Géneros : Encajes : Ropa hecha y calzado para niños : Grandes novedades en encajes : Teléfono N.º 280 : Apartado N.º 403 : 25 varas al norte de la Botica Oriental, San José : CALIXTO MADRIGAL, propietario.